

Los ojos que me miran cada noche

Esta noche me dio por acordarme de una novia que tuve siendo joven, o más bien el recuerdo se me vino encima, yo no hice nada por conjurarlo, pero tampoco nada por ahuyentarlo. Yo no sé ni por qué no me he acordado de ella en cuarenta y pico años ni por qué me acuerdo ahora; no quisiera, aunque pudiera, hacer un croquis del engranaje de nuestro (de mi) recuerdo, porque, mientras no sepamos exactamente por qué funciona tan a su puta bola, podemos seguir llamando misterio a lo que, claramente, no es más que un defecto de fábrica.

Teresita, que así se llamaba (y aunque quiero corregir el absurdo diminutivo no lo haré porque no soy quién para imponer condiciones a este recuerdo que todavía no sé si es bien o malvenido), era alta, delgada y guapa, condiciones que de ordinario me hubieran condenado a ser un cero a la izquierda en su estima, pero por suerte para mí también era ciega de nacimiento. Era amiga de mi prima, o prima de mi amiga, a saber, porque si a ella la olvidé, pobrecita, imagínate esas menudencias. No porque no viera lo feo que era yo, que tampoco era para tanto, sino porque no podía ver lo guapos que eran otros, o porque, seguramente, tanto una cosa como la otra le traían sin cuidado, nos hicimos amigos y luego novios. No es que escriba sin ton ni son, es que esa perplejidad era el núcleo de mi atracción por Teresita: ¿Qué sabía yo, esclavo de lo visual, de lo que piensa alguien que solo ha visto un manchurrón negro desde que nació?

Teresita, ya lo he dicho, era alta y guapa, y tocaba todas las teclas de mis hormonas preadolescentes que tenía que tocar, aunque nunca pasamos de los morreos con lengua, y otras licencias más aventuradas me las tuve que imaginar en la intimidad del lavabo, pero a mí lo que más me gustaba de ella eran sus ojos, marrones, de un color de lo más normalito, pero que a mí me fascinaban. Yo, que lo veía todo, no podía comprender cómo esos ojos tan expresivos, tan luminosos, no veían nada. Ahora ya sé que no eran expresivos sus ojos, que solo son dos esferas gelatinosas, sino que lo eran sus gestos, pero yo, como todo el mundo, creía, mal creído, que los ojos son el espejo del alma. Ese misterio era lo que me volvía loco de ella: que esos ojos, en apariencia tan sanos como los míos, no vieran nada de nada.

Muchas tardes nos las pasábamos, en su cuarto o en el mío, escuchando música y hablando. O más bien hablaba ella, que yo siempre he sido de darle poco a la sin hueso. Yo me tiraba horas mirando sus ojos, hechizado, incapaz de comprender su estéril misterio. Muchas veces me figuraba que era mentira, que lo veía todo, que aquella era su manera retorcida de conocer de verdad a los que la rodeaban. Y que cuando yo la miraba a los ojos fijamente, ella me dejaba hacer igual que se dejaba meter la lengua, con resignación o porque me quería de verdad, a saber, y no decía lo mucho que le molestaba para no desvelar su secreto.

La engañé bastantes veces, no por nada, ni por no quererla, sino, yo qué sé, porque había que probar lo que era poner los cuernos igual que había que probar lo que era tener novia. Y aunque yo me creía medio a salvo, Teresita tenía amigas que veían perfectamente, así que cuando me pilló me mandó a paseo, aunque yo me pensaba a veces que ella ya lo sabía, que me veía haciéndole ojitos a las otras, y que me dejó cuando me dejó porque se cansó de mí y nada más. No volví a saber de ella ni volveré, pero esta noche la tengo conmigo otra vez y a veces basta con eso, ¿no?

Una confesión, para terminar. Escribí que no me había acordado de ella en cuarenta años, y aunque no mentía, tampoco decía la verdad. Esta noche, por fin, le he puesto nombre a los ojos que me miran cada vez que me acuesto y cierro los míos, desde hace cuarenta y pico años, todas las noches.